

HOMILÍA EN LA PEREGRINACIÓN DE LA DIÓCESIS DE TENANCINGO

BASÍLICA DE GUADALUPE

14 de marzo de 2024

Hermanas y hermanos:

Dice el Evangelio que acabamos de escuchar que la Virgen María, llena del Espíritu Santo y llevando ya en su seno al Hijo eterno del Padre, *se encaminó presurosa*, no a la sinagoga ni al templo de Jerusalén, ni a dar la noticia a su familia, sino a atender a su prima Isabel, ya anciana y con seis meses de embarazo. Debíó caminar al menos unos tres días desde Nazaret. No se preocupó por sus cuidados personales, estando ella también embarazada, sino por ayudar a su pariente en los menesteres más ordinarios de una casa: ir al pozo por agua, cocinar, lavar, barrer, etc. Esa es nuestra Madre, que tomó la iniciativa de venir a visitarnos hace ya casi 500 años. Nosotros correspondemos a su amor, y la hemos venido a visitar, después de cuatro fatigosos días de peregrinar.

Nuestra Madre se caracteriza por ser una mujer *llena de gracia, porque el Señor está con ella*, como la saluda el ángel, y *dichosa por haber creído*, como la proclama Isabel. Una mujer resplandeciente de Dios, como aparece en la imagen de nuestra Señora de Guadalupe, pero al mismo tiempo preocupada por lo que les pasa a los demás. En Belén, en la huida a Egipto, en las peregrinaciones anuales al templo de Jerusalén, se preocupa por su hijo, que es el amor de su corazón; pero en las bodas de Caná, en vez de quedarse sentada criticando la mala previsión de los novios, hace cuanto puede para que no carezcan de vino. Después de la ascensión de Jesús, en vez de estar sólo lamentando su soledad, se preocupa por los apóstoles y demás discípulos, y los congrega en oración para que venga el Espíritu Santo. Una mujer, en síntesis, que ama a Dios con todo su corazón y que comparte este su amor con todos, en particular con quienes sufren por algún motivo. ¡Qué gran mujer, modelo no sólo para las mujeres, sino para todos nosotros! Llena de Dios y desbordante de amor por los demás. No es una mujer presumida, ni centrada en sí misma, ni violenta. Es un reflejo del amor misericordioso del Padre, una prolongación de la preferencia de Jesús por los que sufren, una irradiación del Espíritu Santo para que seamos una Iglesia que vive en la unidad que Cristo quiere para los suyos.

Esa es nuestra Madre, siempre cercana al pueblo, sobre todo a los sencillos. Se acerca con ternura a una niña del pueblo, en Lourdes, Francia; a tres pastorcitos, gente muy humilde, en Fátima, Portugal; a marginados e indígenas en peligro de desaparecer, en Caacupé, Paraguay; a unos indígenas esclavos, en Aparecida, Brasil; a una familia indígena, en Venezuela, la Virgen de Coromoto. En Chiquinquirá, Colombia, es una mujer indígena la que rescata el lienzo con la imagen de la Virgen; en Honduras, la imagen de Nuestra Señora de Suyapa es descubierta por un campesino; nuestra Señora de los Ángeles, en Costa Rica, se aparece a una mulata campesina y afrodescendiente; la Virgen de La Caridad, El Cobre, en

Cuba, es encontrada por unos indios naturales. ¡Ese es el estilo de nuestra Madre! Ese es el estilo de Jesús. Cerca de Dios y cerca de los que parecen valer menos.

La Virgen María quiere estar cerca del pueblo, porque ella es pueblo, porque es parte del Pueblo de Dios. En todas sus apariciones, no se manifiesta en primer lugar a los obispos, a los sacerdotes, al Papa, sino a personas sencillas, porque quiere estar cerca del Pueblo, pues ella es también Pueblo de Dios.

Aquí, en el Tepeyac, se aparece al indígena Juan Diego, en una época en que la población mexicana pasaba por una depresión colectiva, invadidos por los conquistadores y diezmados por las plagas que nos habían traído; sentían que nada valían, pues toda su cultura había sido destruida, como si todo fuera obra del demonio. Ella asume lo más característico de la cultura náhuatl, despreciada y a punto de desaparecer, y usa tanto este idioma, como sus símbolos más profundos. Sus rasgos son los de nuestro pueblo. Utiliza fórmulas teológicas propias de los nahuas para hablar de Dios. Le hace ver a Juan Diego que, entre flores y cantos de variadas aves en este cerro y a pesar del invierno, está como en el paraíso que soñaron sus antepasados; le tiene confianza y lo manda con el arzobispo, a pesar de ser rechazado; sana a su tío Juan Bernardino, porque quiere la salud de quien está postrado en su lecho de muerte; le pide una *casita* no tanto para ser venerada, sino para darnos su amor, su amor que es Jesús, a quien trae en su vientre, y para congregar en fraternidad a todos los moradores de estas tierras, conquistados y conquistadores; quiere que haya unidad y paz entre los de una raza y posición social, la de los españoles, y aquellos que estaban postrados en la marginación.

Confiados en lo que nos dice: *¿Por qué se duele tu corazón? ¿No estás en el entrecruce de mis brazos? ¿No estoy yo aquí, que soy tu madre?*, le traemos todo lo que está en nuestro corazón. Cada quien conoce sus motivos por los que emprendimos esta peregrinación: agradecer, pedir perdón, suplicar, y los confiamos a nuestra Madre, para que los presente a Dios Padre por medio de Jesús su hijo.

A nivel diocesano, pedimos su intercesión para que Dios nos conceda pronto un nuevo obispo según su corazón, pues todos nos preguntamos a qué se debe que no lo tengamos aún, después de dos años en que Mons. Raúl Gómez González fuera trasladado a Toluca. Por cierto, pedimos por su completa recuperación, pues ha estado bastante delicado, aunque su proceso es favorable.

Pedimos también la intercesión de nuestra Madre para que Cristo su hijo, Príncipe de la Paz, nos conceda paz entre las naciones y en nuestros pueblos. Esa paz que tanto anhelan todas las regiones de nuestra diócesis de Tenancingo, pues estamos azotados por la violencia, indefensos ante las extorsiones de los grupos armados, agobiados por las cuotas que deben pagar a quienes parecen tener más poder que nuestras autoridades, obligados a huir,

incluso al extranjero, para no ser víctimas de secuestros y asesinatos de quienes confían en sus armas de alto poder. Que el Espíritu Santo ilumine a nuestros gobernantes y a candidatos a puestos públicos para que den prioridad a la seguridad, a la protección de nuestras ciudades y de nuestros pequeños pueblos, que sufren bajo el dominio de grupos criminales, y que el proceso electoral no dependa de sus presiones e intereses. Que el Espíritu Santo ayude a las candidatas presidenciales y al candidato para que abran su mente y su corazón a las propuestas de paz que la Iglesia en México les ha presentado, por medio de nuestra Conferencia Episcopal.

Pedimos también que nuestra Madre nos ayude con su intercesión, para que el Espíritu Santo guíe el camino sinodal de esta Iglesia diocesana. Sin la gracia del Espíritu, todo puede quedar en moda pasajera. Es el Espíritu quien ayuda a los creyentes a tener un solo corazón y una sola alma, a escucharnos con el corazón y buscar juntos, laicos y clérigos, el mejor camino del Evangelio para nuestra Iglesia.

¡Cuánta paz encontramos en esta casita sagrada de nuestra Madre! ¡Cuánto fortaleza nos da su presencia amorosa! ¡Con cuánta esperanza y alegría regresamos a nuestros hogares! Porque aquí, como en todo lugar y siempre, ella nos da lo mejor que tiene, su amor, su hijo Jesús. Por ello, en esta celebración el centro es el ambón, donde se proclama la Palabra de Dios, y el altar, donde actualizamos la Pascua del Señor. Jesús es el mejor regalo que nuestra Madre nos da, para que regresemos a casa llenos de la gracia de Dios y llenos de amor a nuestras familias, a nuestros pueblos, a nuestra patria.

Al término de esta peregrinación, aclamamos junto con nuestra Madre: *“Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de gozo en Dios, mi salvador”*. Así nos vamos: llenos de gozo y de alegría en el Señor. Y junto con ella, resumimos nuestra oración en el salmo responsorial: *“Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos de nuestra diócesis y de nuestra patria te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero”*. Así sea.

Emmo. Sr. Cardenal Felipe Arizmendi Esquivel
Obispo Emérito de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas